SAYNETE.

EL CASERO BURLADO.

PERSONAS:

Doña Lucía Zápalos.
Marica Pendaño.
Un Escribano.
Un Alguacil.
Anton, Albañil.
Un Casero.

Casa pobre, una arca al frente, una mesita vieja, y una alacena: sale Marica, y el Albañil con una guitarra.

Maric. Esta sí que es buena vida,
todos son dias de fiesta
para tí, y dias de ayuno
para mí: ¡quién me dixera
que yo habia de venir
á verme en tanta miseria,
quando en casa de mis padres
estaba yo tan contenta,
y tan querida de todos! *Llora.*
Alb. ¿Qué va que si la vihuela
coxo por lo mas estrecho,
te la encaxo en la cabeza?
Mar. Yo lo creo, que tú eres
capaz de infamias como éstas,
y de otras; hombre que está
todo el dia en la taberna,
con otros tan holgazanes
como él, y no se avergüenzan
de no mantener su casa,
ni de que á su muger vean
indecente ¡qué no haria!
Reniego de mi simpleza,
y de mi cariño, que
tantas lágrimas me cuesta.
Alb. Yo no siento que se queje, *Ap.*
lo que siento es que se queja
con razon.
Mat. A fe que quando
me pretendias, no eras
tan bribon, ni tan soberbio,
y que las noches enteras
sabias estarte en la calle
al frio, rondando mi puerta;
y quando fuiste á pedirme
á mi madre diste muestra
de humildito, y la decias,
que habia de ser la dueña
de la casa, y la contabas

tenias tantas grandezas,
que ganabas tanto, y quanto,
y tenias las arcas llenas
de ropa: ¡fuego de Dios,
y cómo mientes! ¡Ah, perra
de mí, que pudiera estar
tan bien como una Marquesa,
y estoy peor que una esclava!
yo te aseguro, si fuera
otra, que me pones en
parage de no ser buena.

Alb. Tú tienes razon, muger,
yo te prometo la emienda;
al punto cojo la capa,
y me llego á la taberna
á decir que no me esperen
solamente: tú ahí te quedas,
que voy á eso, y de camino
á exponer nuestra miseria
al casero, porque aguarde
hasta que pagarle pueda.

Mar. Ahora vengo yo de allá,
y es ociosa diligencia,
que ha ido á buscar la Justicia
para que al istante venga
á embargarnos los haberes,
y encaxrarte á tí en la trena.

Alb. ¿Pues por qué tanto rigor?

Mar. ¿Por qué? yo te lo dixera;
pero si luego... yo... que....
mejor es que no lo sepas.

Alb. ¡Malo!

Mar. ¿Malo? Todavía
pudiera ser peor, si fuera
yo otra; pero eso no,
que la honra es la riqueza
mayor del mundo.

Alb. ¿Pues qué,
la verdad, te galantea
el Casero?

Mar. Como tú
á él no se lo dixeras,
yo te diria que sí;
y que ya me tiene hechas
mas de quarenta visitas.

Alb. Mas me ha hecho á mí de cincuenta
su muger; pero es por solo
caridad, que siempre dexa
para poner el puchero.

Mar. Pues el otro no lo lleva
por tan buen camino, que
dice que hasta que le quiera
no me ha de dar un ochavo,
y que nos ha de echar fuera
de la casa.

Alb. Pues, muger,
vamos discuriendo á medias
qué se ha de hacer.

Salen el Escribano muy ridículo, y Alguacil.

Esc. La Justicia.

Alb. Por fin á buena hora llegan,
que me ahorro el discurrir.

Mar. ¡Ay, que yo estoy medio muerta!
por no aplicarte, bribon,
nos vemos en esta afrenta.

Alb. Tampoco si te aplicaras
tú, jamás nos sucediera;
pero si somos entrambos
desaplicados, paciencia.

Esc. ¿Sois Anton el Albañil?
Alb. Oxalá que no lo fuera.
Esc. ¿Conoceis aquesta firma?
Alb. Es de mi mano, y mi letra.
Esc. Vamos entregando llaves,
y haciendo aquí manifiestas
todas las alhajas luego;
que hacer inventario es fuerza,
para ver si el acreedor
con los muebles se contenta.
Alg. Cuidado no ocultar algo,
porque es cargo de conciencia.
Mar. No hay mas de lo que se ve,
y la ropa que está en esa
arca.

Señalando.

Esc. Pues vaya, muchacho,
arrímate á aquella mesa,
y ve escribiendo.
Alg. Ya traigo
prevenida la cabeza.
Esc. Escribe: primeramente:
una :: dos :: quatro sillas:
para no errar en la cuenta,
una sin asiento, y otra
sana, y las dos enfermas:
un cazo de azofar roto,
una sartencilla vieja,
un candelero de barro,
un candil, repisa y media
de yeso, una estampa ahumada,
una arca, y una alacena;
un barreño esportillado.
Alb. Que sirve de chimenea,
y brasero.
Esc. Una cofayna,
una cortina en dos puertas:
vamos ahora á ver la ropa
de la arca.
Mar. No la revuelvan
ustedes; y como ustedes
me dexen esa escofieta,
y la ropa con que voy
á pasear los dias de fiesta,
vaya todo lo demas.

Va sacando del arca lo que dice.

Esc. Un zapato, tres calzetas,
una camisa sin mangas,
un escarpin de bayeta.
Alg. Y dió fin la ropa blanca.
Mar. Pícaro, das buena cuenta

Al Albañil.

de mi dote.
Esc. Ciertamente,
que para cobrar la deuda
hay bien de que asir: amigos,
vamos ántes á dar cuenta
de todo al Juez, y á la parte,
por si quieren que se prenda
á este hombre, y asegurar
nuestras costas, no sea
que, con que es pobre, despues
nuestro trabajo se pierda.
Alg. Vamos donde usted mandare.
Esc. Cuidado que hasta que vengan
por los trastos, y por él *Al Alb.*

de la casa no se mueva:
yo le entregaré su vale,
y él allá se las avenga.

Vanse los dos.

Mar. Muy buenos hemos quedado,
marido.
Alb. Voy á una Iglesia
á retraerme.
Mar. ¿No dixo que
iba á decir que viniera
el Casero el Escribano,
y á darle el vale? Pues ea,
¿quieres ver cómo le burlo?
Alb. ¿Y si él lo toma de veras?
Mar. Se llevará mayor chasco:
sal tú de casa, y acecha
quando entre, y luego, despues
de un rato, has de dar la vuelta
enfadado, y lo demas
dexalo tú de mi cuenta.
Alb. Muy bien está: oyes, cuidado,
que la burla está dispuesta
entre los dos; no te yerres,
que yo contigo he de hacerla. *Vas.*
Mar. Dexe usted estar al amigo
Casero: yo haré que sepa
quién es Marica Pendaño,
y que otra vez no se atreva
á inquietar mugeres, que
se estan en su casa quietas.
Pero él viene allí, empecemos
á entablar la estratagema.
¡Ay pobre de mí, no hay quien
venga á auxîliar á una muerta!

Llorando.

Cae desmayada, y sale el Casero.

Cas. Pobre Marica: yo bien *Ap.*
la perdonara la deuda;
¡pero por qué carga de agua!
No señor, pague quien deba,
que él me lo debe á mí, y yo
no le debo nada á ella.
Mar. ¡Ay! que me empiezo á morir.
Cas. ¿Qué hay, Marica, estás contenta?
pues aun falta lo peor;
estate tiesa, que tiesa,
que yo estoy duro, que duro,
y verémos quién se lleva
el gato al agua.
Mar. ¡Ay, Señor!
no creí yo que usted era
tan fuerte de genio: vaya,
que paga bien las finezas
con que yo iba procurando
modo de tener licencia
de Anton, para que pudiese
venirme á ver sin sospecha
de él, y de la vecindad.
Cas. Hija, ¿lo dices de veras?

Afable.

Mar. Ya no: ¡Jesus, y qué poco!
ha sido crueldad horrenda
la de hoy.
Cas. Ella dice bien:
reniego de mi vileza.
Mar. Ea, vaya usted con Dios,
y haga usted que luego vengan

por

por los trastos.
Cas. Mariquita,
fácilmente se remedian
las cosas: ¿con que, por fin,
ya estabas tú ménos terca?
Mar. Toma si lo estaba; pero
ya, mas poco: ya estoy hecha
un veneno.

Furiosa.

Cas. Pues, querida,

Humilde.

perdóname, y como quieras
tratarme tan solamente
con agrado, serás dueña
de esta casa, de la mia,
y de mi bolsa; y en prueba
de esta verdad, pongo el vale
á tus pies.

Dale el vale.

Mar. Cayó esta breva. *Ap.*
Cas. ¿Qué dices?
Mar. Que tengo yo
un genio, que como sea
por bien, al cabo del mundo
con un cabello me llevan;
pero por mal, soy el diablo.

Coge el vale.

Cas. Y dí, ¿estás ya algo mas contenta?
Mar. Qué se yo: por fin y postre,
yo le diré á Anton las muestras
de cariño que os debemos,
y él es preciso, que á fuerza
de hombre de bien, él tambien
os dé la correspondencia.
Cas. Mejor es no se lo digas.

Dentro el Albañil llamando, y dando voces.

Alb. Muger, ábreme la puerta.
Mar. ¡Pobre de mí!
Cas. ¿Pues qué importa?

Dentro el Albañil.

Alb. Abre, muger.
Cas. ¿De qué tiemblas? *A ella.*
Mar. De que si os halla aquí dentro,
os ha de abrir la cabeza.
Cas. Eso faltaba: pues, hija,
daca el vale, no se pierda
todo; y si me veo apretado,
le diré, quando le vea
enfurecido, que vine
á perdonaros la deuda,
por caridad.
Mar. Ay, que Anton
no la conoce, y mi pena
es, que vos habeis entrado
aquí á hacer una obra buena,
y él os hará mala obra,
y es cargo de mi conciencia:
no, lo primero sois vos;
metéos en esa alacena,
y dexadme hacer á mí.

Cas.

Cas. ¿Y el vale?
Mar. En mi mano queda
seguro, y así verémos
qué resulta de esta prueba;
yo se lo diré, escuchad
vos desde aquí su respuesta.

Escóndele en una alacena que habrá, y sale el Albañil.

Mar. Hombre, ¡qué de priesa vienes!

Hace señas.

Alb. Dame la llave de aquella
alacena, que es preciso
sacar de allí la herramienta::-
Cas. ¡Pobre de mí! pobre de::-
Alb. Que tengo una obra dispuesta.
Mar. El caso es que no la topo.

Hace que la busca.

Alb. A buscarla, ó será fuerza
descerrajarla.
Cas. Anda, hijo,
caí en la ratonera.
Alb. ¿No la hallas? pues voy á abrir
á patadas.
Cas. Anda, morena.
Mar. Hijo, el Casero ha venido.
Alb. ¡Qué dices! ¡que no viniera
yo ántes, y le encontrara
para cortarle las piernas!
Mar. Antes merece las gracias,
pues apiadado de nuestra
infelicidad, me traxo
el vale, y dice que queda
en ser muy amigo tuyo,
y en perdonarnos la deuda.
Alb. Si como he pillado el vale

Rompele.

entre mis uñas, cogiera
al Casero, habia de hacer
de su figura menestra.
Cas. Bueno va.
Alb. Daca la llave.
Mar. No la encuentro; pero espera,
que aquí en casa del vecino
hay una llave maestra,
y nos la puede prestar. *Vase.*
Alb. Pues ves corriendo por ella.
Cas. ¡Triste vale, y triste hombre!
Alb. Juro á brios, que si supiera
á dónde hallar el Casero,
le habia de dar una felpa.

Dentro Lucía.

Luc. Deo gracias.

Llamando á la puerta.

Alb. Pase adelante
quien es:::- ¿Señora Casera?
Cas. Esto es peor, que es mi muger.
Luc. Anton mio, ¿qué tragedia
te sucede? ¿tú acosado
de la Justicia? ¿tu hacienda
embargada, estando yo
en el mundo? ¿Si te acuerdas

de

de que á los pobres estimo,
por qué á mi piedad no apelas
en tus infortunios?

Cas. Vaya,
que la funcion es completa.

Alb. Señora, vuestro marido
me aflige por una deuda.

Luc. ¿A quién no afligirá él?
es el animal mas bestia,
el mas avariento, y mas
soberbio, y el mas tronera
del mundo.

Cas. Ve hechando mases.

Luc. Reniego de la riqueza::
oxalá me hubiera yo
casado contigo.

Cas. Arrea
Manolo.

Luc. En fin, págale, que
aquí hay en buena moneda
treinta doblones, y luego
ve á casa por otros treinta.

Cas. Y el vale roto, arda Troya,
pues que mi casa se quema.

Alb. Yo os doy las gracias.

Por salir el Casero cae con la alacena.

Alb. ¡Mas qué es esto!

Asustado.

Luz. ¿Pícaro, tú en casa agena
escondido?

Alb. ¡Usted en mi casa
escondido con cautela!

Luc. Yo te lo diré.

Amenazándole.

Alb. Yo, y todo.

Los 2. Muera este insolente, muera.

Cas. Justicia venga del Cielo,
pues que me falta en la tierra.

Luc. Te tengo de hacer añicos.

Repelándole.

Sale Mar. ¡Ola! ¿qué bulla es ésta
en mi casa?

Sale el Escribano.

Esc. La Justicia;
todo el mundo se detenga,
y sepamos qué ha sido esto.

Luc. Pillar en la ratonera
á mi marido.

Cas. Pillar
infragante á mi parienta
de ladrona estafadora:
dime ¿de dónde, perversa,
tienes tú tanto dinero?

Luc. De lo que desaprovechas
tú, y yo sé ahorrar, para que
socorriendo la pobreza
de esta gente, á tu intencion
puedan tener resistencia.

Alb. ¡Qué todos estos Caseros
tengan las caras tan feas!

Esc. Vayan todos á la cárcel.

Mar. Harto castigados quedan
el Casero y su muger,
si alguna culpa hay en ella,
con que pierdan el dinero.
Esc. Como prometan la emienda
todos, y queden en paz,
callar, y callarémos.
Cas. Ea,
pues, pelillos á la mar;
ya está dada la sentencia,
como se muden de casa
donde yo nunca los vea.
Mar. Así los dos lo ofrecemos;
y porque acabe con fiesta
la burla de mi Casero
enamorado, la fiesta
se celebre alegremente.
Esc. Sea muy enhorabuena.
Tod. Pidiendo perdon al patio
de todas las faltas nuestras.

FIN.